

VI

El expósito, que siempre iba pensando y buscando la razón de todo, desde que sabía leer y había hecho su primera comunión, rumió en su cabeza lo que Catalina había dicho á la señora Blanchet respecto á él; pero por más que pensó, no pudo comprender por qué, desde que había crecido, no debía besar á Magdalena. Era el muchacho más inocente del mundo, y ni siquiera sospechaba lo que los mozalbetes de su edad aprenden demasiado pronto en el campo.

Su gran honradez de espíritu dimanaba de que no había sido criado como los demás. Su estado de expósito, sin darle vergüenza, le había mantenido siempre tímido; y, aunque no tomase este nombre como una injuria, no se acostumbraba á la extrañeza de llevar una cualidad que le hacía siempre diferente de aquellos con quienes se hallaba. Los demás expósitos se ven casi siempre humillados por su suerte, y se les da á entender con tanta dureza que se les quita prematuramente el orgullo de cristianos. Secrían, en general, odiando á los que los pusieron en el mundo, sin contar con que tampoco aman á los que les hicieron quedar en él. Pero sucedió que Francisco cayó en manos de la Sabel que le tuvo cariño y no le maltrató, y encontró

luego á Magdalena cuya caridad era más grande y las ideas más humanas que las de todo el mundo. Fué para él ni más ni menos que una buena madre, y un expósito que encuentra amistad y cariño es mejor que otro muchacho, así como es peor cuando se ve molestado y envilecido.

Francisco no había tenido placer ni alegría perfecta sino en compañía de Magdalena, y en vez de buscar á los otros pastores para divertirse, se había criado solo, ó pegado á las faldas de las dos mujeres que le amaban. Sobre todo cuando estaba con Magdalena, se sentía tan feliz como podía serlo Juanito, y no tenía ganas de ir á correr con los que pronto le trataban de expósito, puesto que con ellos se encontraba de pronto, y sin saber por qué, como un extraño.

Llegó, pues, á la edad de quince años sin conocer la menor malicia, ni tener idea del mal, sin que su boca hubiese repetido jamás una palabra fea, y sin que sus oídos la hubiesen comprendido, y, sin embargo, desde el día en que Catalina había criticado á su ama sobre el cariño que le mostraba, el muchacho tuvo el buen sentido y el gran juicio de no volver á hacerse besar por la molinera. Aparentó no pensar en ello, y avergonzarse quizá de hacer zalamerías de niña, como decía la criada. En el fondo, no era esta vergüenza lo que le contenía. Se hubiese reído de ello, si no hubiera adivinado vagamente que podían reprochar á aquella mujer el cariño que le tuviese. Pero ¿por qué se lo habían de reprochar? Él no se lo explicaba, y

aunque se consideró incapaz de encontrar por sí mismo la razón, no quiso hacérsela explicar por Magdalena.

Francisco sabía que su protectora era capaz de soportar la crítica por amistad y por buen corazón; tenía buena memoria, y recordaba muy bien que la habían reprendido y casi pegado, años atrás, por haberle socorrido. Y, guiado por su buen instinto, le evitó ahora el disgusto de verse objeto de observaciones y burlas á causa de él. El pobre muchacho comprendió — ¡es maravilloso! — comprendió que un expósito no debía ser amado sino en secreto, y antes que causar disgusto á Magdalena, hubiera consentido en no ser amado.

Atendía á su labor, y como á medida que crecía, tenía más trabajo que hacer, sucedía que, poco á poco estuvo menos á menudo con Magdalena. Pero no se afligía por esto, pues se decía que trabajaba para ella, y que sería bien recompensado con el placer de verla en las comidas. Por las noches, cuando Juanito se había dormido, Catalina iba á acostarse, y Francisco, en las épocas de velada, se quedaba una hora ó dos con Magdalena. Le leía libros ó hablaba con ella mientras la mujer trabajaba. Los campesinos no leen de prisa, así es que se contentaban con los dos libros que tenían. Cuando habían leído tres páginas en la velada, era mucho, y una vez terminado el libro, había transcurrido, desde el principio, bastante tiempo para volverlo á empezar con interés, pues ya apenas se acordaban de las primeras páginas. Además, hay dos ma-

neras de leer, y convendría decir esto á las personas que se creen bien instruidas. Las que disponen de mucho tiempo y de muchos libros, devoran todos los que pueden, y se meten tantas cosas en la cabeza, que ni Dios pondría en claro la confusión que se arman. Las que no tienen tiempo ni libros, disfrutan cuando encuentran una página interesante, y repiten cien veces su lectura sin cansarse, y cada vez, algo en que no se habían fijado bien les sugiere una nueva idea. En el fondo, es siempre la misma idea, pero tan estudiada bajo todos sus aspectos, tan saboreada y digerida, que el espíritu que se la asimila se encuentra mejor nutrido y más fuerte, él solo, que treinta mil cerebros llenos de viento y de tonterías. Esto que digo, lo sé del cura, que conoce el paño.

Pues bien, aquellas dos personas vivían contentas de lo que tenían para consumir en punto á ciencia, y lo consumían poco á poco, ayudándose mutuamente á comprender y amar lo que hace que uno sea justo y bueno. Así adquirían una gran religión y un gran valor, y no había para ellas mayor dicha que el sentirse bien dispuestas para con todo el mundo y estar acordadas en todo tiempo y lugar sobre el artículo de la verdad y la voluntad de obrar bien.

VII

Blanchet no se fijaba ya mucho en el gasto doméstico, porque había señalado á su mujer una cantidad mensual, la menor posible, para el sostenimiento de la casa. Magdalena podía, sin causarle enojo, privarse de sus propias comodidades, y dar á los necesitados que la rodeaban, un día un poco de leña, otro día parte de su comida, y otro algunas legumbres, ropa blanca, huevos y demás. Conseguía asistir al prójimo, y cuando carecía de medios, hacía con sus propias manos el trabajo de los pobres, evitando que murieran de enfermedad ó de fatiga. Era tan económica, remendaba tan cuidadosamente su ropa vieja, que cualquiera hubiese dicho que vivía bien; y, sin embargo, como quería que el personal de su casa no sufriese á causa de sus actos caritativos, se acostumbraba á no comer casi nada, á no descansar nunca, y á dormir lo menos posible. El expósito veía todo esto, y le parecía muy natural, pues por carácter y por la educación que recibía de Magdalena, se sentía inclinado á los mismos gustos y al mismo deber. Pero á veces le inquietaba la fatiga que la molinera se imponía, y se acusaba de dormir y comer demasiado. Hubiera querido poder pasar la noche cosiendo é hilando en lugar



EN LAS VELADAS DE INVIERNO FRANCISCO LEÍA LIBROS Ó HABLABA CON
MAGDALENA, MIENTRAS ELLA TRABAJABA

de ella, y cuando Magdalena quería pagarle sus haberes que habían subido á unos veinte escudos, se enfadaba y la obligaba á guardarlos á escondidas del molinero.

— Si mi madre Sabel no hubiese muerto, decía, este dinero hubiera sido para ella. ¿Qué quiere usted que haga yo con el dinero? No le necesito, puesto que usted cuida de mi ropa y me compra los zuecos. Guárdelos, pues, para otros más desgraciados que yo. ¡Trabaja usted ya tanto para los pobres! Entonces, si me da dinero, tendrá que trabajar más todavía, y si cayese enferma ó se muriese como mi pobre Sabel, ¿de qué me serviría tener dinero? ¿La haría resucitar? ¿Me impediría arrojarme al río?

— ¿Qué ideas son éstas, hijo mío?, le dijo Magdalena, un día en que él volvía sobre este tema, como solía hacerlo de vez en cuando: el darse la muerte no es de cristianos, y si yo muriese, tu deber sería sobrevivirme para consolar y sostener á mi Juanito. ¿No lo harías? ¡Á ver!

— Sí, mientras Juanito sea pequeño y tenga necesidad de mi amistad. ¡Pero después!.. No hablemos de eso, señora Blanchet. En eso no quiero ser buen cristiano. No se fatigue usted tanto, y no se muera, si quiere que viva en este mundo.

— Tranquílzate, que no tengo ganas de morir. Estoy muy buena. Estoy acostumbrada al trabajo, y hasta estoy más fuerte ahora de lo que lo estaba en mi juventud.

— ¡En su juventud!, dijo asombrado Francisco. ¿Pues no es usted joven?

Y tenía miedo de que se hallara en edad de morir.

— Creo que no tuve tiempo para serlo, contestó Magdalena riendo como una persona que pone á mal tiempo buena cara; y ahora tengo veinticinco años, que ya empiezan á ser muchos para una mujer de mi estofa; porque no nací fuerte como tú, muchacho, y he tenido penas que me han envejecido prematuramente.

— ¡Penas! sí, ¡Dios mío! En la época en que el señor Blanchet le hablaba á usted tan duramente; bien lo noté; ¡Ah! ¡que Dios me lo perdone! No soy malo, pero un día en que había levantado la mano sobre usted, como si quisiera pegarle... ¡Ah! hizo bien en abstenerse, porque yo había cogido un mayal — nadie había reparado en ello, — é iba á echarme encima... Pero de eso hace ya mucho tiempo, señora Blanchet, pues recuerdo que no le llegaba al hombro, y ahora le veo la coronilla. Y desde que apenas le habla ¿ya no sufre usted, señora Blanchet?

— ¡Que no sufrí!, dijo Magdalena vivamente, pensando que no había conocido el amor en el matrimonio. Pero se retuvo, pues ello no importaba al expósito, y no debía dar á comprender tales ideas á un niño. Ahora, tienes razón, ya no sufro; vivo como se me antoja. Mi esposo es mucho más cortés conmigo; mi hijo se desarrolla bien y no tengo nada de que quejarme.

— ¿Y yo?... ¿Yo no cuento? Yo que...

— Tú también medras, de lo cual me alegro.

— ¿Y no le proporciono ninguna otra satisfacción?

— Sí, te portas bien, tienes buena idea en todo, y estoy contenta de ti.

— ¡Oh! ¡si no estuviera usted contenta de mí, es que yo sería malo, pero malo de veras, después de la manera como me ha tratado! Pero aun hay otra cosa que debería alegrarla, si pensase como yo.

— Pues dila, porque no sé qué sutileza te traes para sorprenderme.

— No hay sutileza, señora Blanchet; no tengo más que fijarme en mí, y veo una cosa; es que aunque sufriera hambre y sed, calor y frío, y por añadidura recibiese terribles azotes todos los días, y no tuviese luego para descansar más que un haz de espinas y un montón de piedras, ¡pues bien!... ¿comprende usted?

— Creo que sí, Francisco mío, ¿todo eso lo soportarías con gusto con tal de que tu corazón estuviese en paz con Dios?

— Desde luego hay eso, y no hay necesidad de decirlo. Pero yo quería decir otra cosa.

— No atino, y veo que te has vuelto más listo que yo.

— No, no soy listo. Digo que sufriría todas las penas que puede sufrir un hombre, y aun estaría contento pensando que Magdalena Blanchet me tiene amistad. Por esto decía yo hace un momento que si usted pensase como yo, diría: Francisco me quiere tanto que estoy contenta de estar en el mundo.

— Tienes razón, pobre hijo mío, contestó Magdalena, y las cosas que me dices me dan á veces como ganas de llorar. Sí, de veras, tu cariño es uno de los bienes de mi vida, y quizá el mejor, después..., no, quiero decir *con* el de mi Juanito. Como tú tienes más edad, comprendes mejor lo que te digo, y sabes también decirme mejor lo que piensas. Te certifico que nunca me aburro con vosotros dos, y que sólo una cosa le pido á Dios ahora, y es el poder vivir mucho tiempo así, en familia, sin separarnos.

— ¡Sin separarnos, ya lo creo!, dijo Francisco; preferiría que me cortaran en pedazos á separarme de usted. ¿Quién me querría como usted me ha querido? ¿Quién se pondría en peligro de ser maltratada á causa de un pobre expósito? y ¿quién le llamaría su hijo, su querido hijo? porque muy á menudo, casi siempre me llama así. É igualmente me dice con frecuencia, cuando estamos solos: Llámame *madre, mi madre*, y no siempre señora Blanchet. Y yo no me atrevo, porque temo demasiado acostumbrarme á ello y que se me escape la palabra delante de la gente.

— ¿Qué importa?

— ¡Oh! ¡qué importa! se lo reprocharían, y yo no quiero que la mortifiquen por culpa mía. ¡No soy orgulloso, no! no necesito que sepan que me ha sacado usted del estado de expósito. ¡Me contento con saber, para mí sólo, que tengo una madre de la cual soy hijo! ¡Ah! es preciso que usted no muera, señora Blanchet, añadió el pobre Francisco mirándola con tris

teza, pues hacía tiempo que tenía ideas de desgracia: si la perdiera á usted, no me quedaría nadie en el mundo, porque sin duda iría usted al paraíso de Dios, y yo no sé si he hecho méritos bastantes para obtener la recompensa de ir con usted.

Francisco tenía en todo lo que decía y en todo lo que pensaba como un aviso de alguna gran desgracia, y, poco tiempo después, esta desgracia cayó sobre él.

Como mozo del molino, iba á buscar el trigo de los parroquianos sobre su caballo y lo devolvía convertido en harina. Esto le obligaba á hacer á menudo largas carreras, y hasta iba con frecuencia á casa de la amante de Blanchet, que vivía á una legua del molino. No le gustaba esta comisión, y no paraba un minuto en la casa cuando le habían pesado y medido el trigo...

En este punto de la historia, la narradora se detuvo.

— ¿Sabe usted que hace mucho tiempo que hablo?, dijo á los feligreses que la escuchaban. Ya no tengo el pulmón como á los quince años, y se me figura que el agramador, que conoce el caso mejor que yo, podría relevarme. Tanto más cuanto que llegamos á un punto en que mi memoria flaquea un poco.

— Y yo, contestó el agramador, sé muy bien por qué tiene menos memoria á la mitad que al principio; es que la cosa empieza á prepararse mal para el expósito, y le causa pena, porque tiene, como todas las de-

votas, el corazón demasiado sensible á las historias de amor.

— ¿Es que eso va á parar en historia de amor?, dijo Silvina Courtioux que se encontraba allí.

— ¡Vamos!, repuso el agramador, ya sabía yo que haría aguzar el oído á las muchachas al soltar esta palabra. Pero paciencia; el punto en que voy á continuar, para conducir la historia á buen fin, no es todavía lo que quisierais saber. ¿Dónde se interrumpió usted, tía Mónica?

— Al empezar á hablar de la amante de Blanchet.

— ¡Ah!, sí, dijo el agramador. Esa mujer se llamaba Severa, y su nombre no le estaba bien apropiado, pues no había nada de severo en ella. Tenía mucha habilidad para adormecer y engañar á las personas cuyo dinero quería ver relucir. No puede decirse que fuese mala, pues era de humor jovial y despreocupado, pero lo atraía todo para sí, y poco le importaba el perjuicio ajeno con tal de verse festejada. Había estado de moda en el país, y se decía que había encontrado demasiados hombres á su gusto. Era todavía muy guapa y de trato muy agradable, viva aunque corpulenta, y fresca como una guinda. No hacía gran caso del expósito, y si le encontraba en su granero ó en su patio, le decía alguna tontería para burlarse de él, pero sin malevolencia, y por el gusto de verle ponerse colorado, pues se ruborizaba como una muchacha cuando le hablaba aquella mujer, y sentía una gran molestia. La encontraba demasiado atrevida, y le ha-

cía el efecto de ser fea y mala, aunque no fuese ni lo uno ni lo otro; al menos no mostraba maldad sino cuando la contrariaban en sus intereses ó en el contentamiento de sí misma; y hasta puede decirse que le gustaba dar casi tanto como recibir. Era generosa por ostentación, y se complacía en oirse dar las gracias. Pero en concepto del expósito, no era más que una bribona que reducía á la señora Blanchet á vivir de poco y á trabajar más de lo que le permitían sus fuerzas.

Resultó que el expósito iba á cumplir diez y siete años, y que la Severa encontró que era un mozo sumamente guapo. No se parecía á los demás muchachos del campo, que son achaparrados á esa edad, y que no tienen trazas de adquirir soltura y ser algo hasta dos ó tres años más tarde. El era alto, estaba bien constituido, tenía el cutis blanco, hasta en tiempos de siega, y cabellos rizados que eran como oscuros en la raíz y acababan en color de oro.

— ¿Es así como le gustan á usted, señora Mónica? Hablo de los cabellos, y no de los muchachos.

— Eso á usted no le importa, contestó la criada del cura. Cuente su historia.

— Iba siempre pobremente vestido, pero le gustaba la limpieza, como Magdalena Blanchet le había enseñado; y tal como era, tenía un aire que no se encontraba en los demás. La Severa vió todo esto poco á poco, y por fin lo vió tan bien, que se propuso despa-bilarlo un tanto. Era despreocupada, y cuando oía decir: «¡Lástima que tan guapo mozo sea expósito!»

contestaba: «Los expósitos pueden ser guapos, puesto que es el amor quien los ha puesto en el mundo.»

He aquí lo que inventó para encontrarse con él. Hizo beber á Blanchet más de lo razonable en la feria de Saint-Denis de Jouhet, y cuando vió que ya no era capaz de poner un pie delante del otro, lo recomendó á sus amigos de la localidad para que lo acostaran. Y dijo entonces á Francisco, que había ido con su amo para conducir el ganado á la feria:

— Muchacho, dejo mi yegua á tu amo para que vuelva mañana por la mañana; tú vas á montar en la suya y á tomarme en las ancas para llevarme á mi casa.

El arreglo no era del agrado del expósito. Dijo que la yegua del molino no era bastante fuerte para llevar dos personas, y que se ofrecía á acompañar á la Severa, ella montada en su cabalgadura y él en la de Blanchet; que volvería luego á buscar á su amo con otra caballería, y que se comprometía á encontrarse al amanecer en Saint-Denis-de-Jouhet: pero la Severa no hizo caso de sus observaciones y le mandó obedecer. Francisco le tenía miedo, porque como Blanchet no veía más que con los ojos de ella, podía ésta hacerle echar del molino si la disgustaba, tanto más cuanto que se encontraban en el vencimiento de San Juan. La tomó, pues, en la grupa, sin sospechar, el pobre, que no era mejor medio de escapar á su mala suerte.



LA SEVERA HACÍA POCO CASO DEL EXPÓSITO